

Clausura del encuentro Espíritu Nuevo. Lima 99

Sta. Rosa, Lima, 30 enero 1999

Hechos, 2; Salmo 132; Evangelio: Lc. 24,

Con esta eucaristía concluimos otra etapa del proceso de renovación de la Orden en América Latina, iniciado en el encuentro de Conocoto de 1993.

Hemos empleado seis años en oración y diálogo fraterno, tratando de discernir cuál es el camino de la Orden en América Latina, apoyados por una metodología activa y exigente. Durante este tiempo hemos comprendido mejor la necesidad de una renovación espiritual profunda, personal y comunitaria, y de una adecuada respuesta a los signos de los tiempos y lugares, para que la vida agustiniana avance en el camino de la santidad comunitaria y cumpla el objetivo de una auténtica inculturación.

La autenticidad de la vida religiosa se mide, en buena manera, por su capacidad de renovación, es decir, de tener siempre a sus raíces evangélicas y de responder a las exigencias del contexto cultural en el que sirve.

Nuestro proceso está produciendo frutos que nos llenan de esperanza. Hay un deseo sincero de avanzar por el camino de la renovación. El diálogo fraterno se ha hecho más universal y hasta estamos logrando utilizar un lenguaje común. Hay una mayor sensibilidad social y una mejor acogida de las enseñanzas de los Obispos latinoamericanos. De alguna manera estamos constatando que Dios nos acompaña en el proceso de búsqueda y discernimiento, porque El camina con nosotros.

Frecuentemente somos como los discípulos de Emaús: hombres desconcertados y dubitantes, frustrados por la falta de consecución de nuestras esperanzas. Sin embargo el Señor baja a nuestro lado, acompaña el caminar con nuestros torpes pasos y nos ilumina con su Palabra. La presencia iluminadora de Jesús hace arder nuestro corazón y finalmente le descubrimos en sus gestos de amor, al partir el pan.

La exhortación postsinodal *Ecclesia in America*, promulgada por el S. Padre en México el pasado 22 de enero, reafirma la importancia del encuentro personal con Jesús para dinamizar nuestra misión personal y producir la renovación de la Iglesia:

"Un encuentro renovado con Jesucristo hará conscientes a todos los miembros de la Iglesia en América de que están llamados a continuar la misión del Redentor en esas tierras. El encuentro personal con el Señor, si es auténtico, llevará también consigo la renovación eclesial" (n. 7).

El encuentro con Jesús no es sólo personal. El Evangelio nos relata encuentros comunitarios de Jesús con sus discípulos, que tuvieron especial significación para la construcción de la Iglesia. También hoy Jesús se manifiesta a la comunidad y es posible encontrar a Jesucristo en la Iglesia, que está constituida por la comunidad de los creyentes.

Como miembros de la Orden, en comunión con la Iglesia, hemos caminado estos días buscando al Señor y su Reino. Hemos escuchado su voz, que ha llegado a nosotros a través de su Palabra, de la voz de la Iglesia, de la Orden y de los hermanos. También la realidad nos ha transmitido la voz de Dios, ya que son muchos los lenguajes con que nos habla. Él se ha hecho presente entre nosotros por medio del Espíritu, regalándonos una experiencia de oración y fraternidad, como la primitiva comunidad cristiana, que inspiró a San Agustín en sus fundaciones.

La experiencia vivida reafirma la bondad de vivir juntos y de reunirnos en el nombre del Señor: *"qué bueno y suave que los hermanos vivan juntos"* (Ps. 132). Como dice S. Agustín, *"Es tan suave como la caridad que empuja a los hermanos a convivir, formando una unidad. Estas palabras del Salterio, esta dulce armonía, esta melodía suave, tanto para ser cantada como para ser considerada con la mente, ha generado, efectivamente, los monasterios"* (Com. al ps. 132).

La próxima etapa que ahora se abre va a estar marcada por desafíos más apremiantes, porque nos van poniendo frente a la responsabilidad de asumir decisiones importantes. En esta reunión de Lima hemos fijado las líneas fundamentales de la vida de la Orden en América Latina y los medios que emplearemos para conseguir los objetivos. Es importante tener puntos de referencia claros y eso es lo que hemos plasmado en esta reunión, como fruto de un largo discernimiento precedente.

El Capítulo General de 1995 nos invitó a reflexionar sobre el modo de realizar *"agustinianamente"* nuestros ministerios. Gracias a nuestro proceso latinoamericano, estamos clarificando entre todos las exigencias de nuestra vida religiosa, para que responda a nuestra espiritualidad agustiniana, y cómo debemos realizar los ministerios eclesiales en fidelidad a nuestro carisma en este continente. El corazón del futuro de nuestra vida religiosa es la espiritualidad. La espiritualidad

es y será siempre el elemento unificante de una autentica vida consagrada (Camilo Maccise)

A partir de ahora tenemos la ayuda de modelos de referencia para nuestra vida y ministerios, en los que mirarnos, *como en un espejo*. Hemos llegado a esta definición analizando la realidad del continente a la luz de nuestra espiritualidad. Ahora nos espera la tarea de comparar nuestras realidades concretas -personales, comunitarias, apostólicas- con los modelos presentados, y elaborar nuestros propios modelos circunscriptoriales. Debemos conseguir que nuestra presencia sea significativa en el contexto en que vivimos y que la Orden tenga rostro latinoamericano. Eso es posible cuando son significativas las personas, la comunidad y el tipo de servicio que desarrollamos. Hay que hacer "visible" el carisma.

A cada uno de vosotros espera un trabajo exigente en vuestra propia circunscriptión. Particularmente va a recaer sobre los superiores la responsabilidad de liderar e impulsar este proceso en su jurisdicción. De cada uno de vosotros espero entusiasmo y constancia para que se alcance una auténtica renovación en todas y cada una de las partes de la Orden en América Latina.

Volved a vuestras jurisdicciones con el compromiso de promover la renovación personal, comunitaria y ministerial en *fidelidad creativa* a nuestra espiritualidad. De ella va a depender nuestra vitalidad en el futuro. Pero, para impulsarla, necesitamos la ayuda del Señor. Sólo 'El puede darnos la fuerza de lograrlo. A El presentamos, particularmente, nuestra tarea, para que la fecunde y haga fructificar con su gracia.

Miguel
Prior General

Angel

Orcasitas

Gómez,

OSA